

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 3 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El nombre de Bolivia*, por Max Grillo.—*A vosotras, madres*, por Alberto Masferrer.—*La Alsacia-Lorena de Sudamérica*, por William E. Shea.—*El pañuelo*, por Joaquín Quijano Mantilla.—*Párrafos*, por Ernest Wood.—*El Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones*, por A. de Lapradelle.—*La voz de Clavé*, por Luis de Zulueta.—*El verbo cobrar y su alcance jurídico*, por Ricardo Jiménez.—*Página lírica*, de Julián Marchena.—*Pequeños motivos*, por Flor de Luna.—*Un estudiante peruano en el destierro se dirige al Rresidente Leguía*, por Jorge Guillermo Leguía Iturrigui.—*El ocaso de Gandhi*, por César Falcon.

Si penúltimo en obtener la independencia, el pueblo altooperuano fué el primero en proclamarla definitivamente en el acta de 16 de Julio de 1810, sellada en La Paz, más tarde, con sangre de precursores.

En el Altiplano, centro principal de la población aborigen; en los deliciosos valles en donde demora Sucre, la de los cuatro nombres, doctoral y risueña y la heroica Cochabamba, pelearon sin tregua durante varios lustros, unidos altooperuanos y argentinos en persecución de la independencia del extenso y rico país que había de llevar en un día de gloria el nombre del epónimo Bolívar.

Predestinado estaba el Libertador desde el día, en que Atahualpa ensangrentó la tierra, víctima de la violencia, a ser el vengador de los incas, según la inspiración del poeta, homérica digno del héroe.

La ardua empresa realizóla su genio por medio del brazo de sus Tenientes. Designios de una providencia, cuyas determinaciones misteriosas alimentan la esperanza en los mortales y hacen resplandecer las frentes de ciertos elegidos. Separándonos de las pragmáticas de la filosofía de contornos positivos, tenemos que convenir en que hay momentos en la historia de los pueblos señalados en una como antelación divina o inexcrutable por algo superior a la voluntad humana. Ignoramos lo que preceda en el laboratorio de la vida a la gestación del genio. Vemos su poder o su armonía, que crea mundos, o urde sueños de una trascendencia incalculable; y cuando semejante coincidencia de fuerzas psíquicas en un cerebro, desaparece en la desarmonía de la muerte, nos quedamos perplejos ante un montón de cenizas que no parece haber sido envoltura de tan poderosas acciones, o de armonías tan múltiples y pujantes. Tal debieron pensar aquellos que un día en la catedral de Santa Marta abrieron el sarcófago en donde se depositaron los restos de Simón Bolívar. ¿Dónde estaban la energía soberana y el ensueño aquilino de aquel libertador de naciones, creador de Bolivia?

Hay momentos históricos fatalmente preparados por las fuerzas divinas y humanas; por las fuerzas del Espíritu que rige las leyes eternas.

Tal fué aquella hora en que se decidió la suerte de América en las cumbres peruanas. Ni las maquinaciones de los desleales, ni las cobardes complacencias de unos, ni los desfallecimientos de otros; ni la desigualdad en el número de los contendores; ni las mismas faltas de los caudillos de la libertad, pudieron desviar de su curso la rueda de la fortuna.

Había llegado el instante de la suprema recompensa,

El nombre de Bolivia

Por MAX GRILLO

dádiva no siempre concedida por el destino a los mejores en energías y en alientos. Ayacucho corona la constancia de Colombia; las virtudes del genio; la pericia del general y la bravura de sus soldados. En su ascensión heroica, los libertadores habían escalado la cima más alta. En la cumbre del Illampu podían contemplar a Chimborazo resplandeciendo sobre un mundo emancipado de un poder duro como la misma naturaleza, que España había sojuzgado con sus centauros indomables. Desde las riberas del mar y los plácidos alcores, en veces enervantes de la Ciudad de los Reyes, habían subido hasta las cumbres heladas en donde, eternamente blanco, vela el Illimani. En la última etapa, Bolívar, el de múltiples facetas diamantinas, tendría, a la sombra de aquellos montes inaccesibles, la apoteosis suprema. Por ley de ritmo—a que no escaparon ni los antiguos dioses—allí debía empezar la hora de su declinación.

El 6 de agosto de 1825, la asamblea de los pueblos del Alto Perú, proclamó la creación de una nueva república con el nombre de Bolívar. Éste, que por una consciente adivinación de las dotes militares de Sucre, había cedido el mando a su Teniente en la campaña libertadora, esperaba en Arequipa, impaciente y un si no es celoso de las glorias del vencedor de Ayacucho. Esperaba noticias de Colombia y de Buenos Aires para cruzar el Desaguadero, libre de inquietudes de orden político, y ansioso de ascender, frenético de ensueño, con la bandera que años antes había prometido clavar con su propio brazo en la cumbre argentífera del Potosí legendario.

Si el César romano apenas vaciló mientras su corcel abreva en las aguas del simbólico riachuelo, antes de repasarlo con sus legiones, desafiando el mandato del Senado: el César colombiano, evocando quizá la sombra del conquistador de las Galias, contenía sus deseos impetuosos. Si no había sido imprudente la marcha de Sucre en seguimiento de los restos del ejército peninsular, por tratarse meramente de operaciones militares, contempladas en el pacto de alianza celebrado entre Colombia y las Provincias Unidas del Río de la Plata, el paso del Desaguadero, límite reconocido entre los dominios de los virreinos del Perú y Buenos Aires, efectuado por Bolívar traería complicaciones, puesto que el Alto Perú hacía parte integrante del segundo de tales virreinos. El Libertador era ciertamente el Generalísimo de los ejércitos unidos, pero, además, poseía una doble investidura: era Presidente titular de Colombia y Director del Perú. La ley de la primera no lo había autorizado para salir más allá de los dominios de la nación peruana. Si César temía al Senado y a su amigo

Pompeyo, Bolívar pensaba en el Congreso de Bogotá, en su amigo Santander y en los periódicos de Buenos Aires, entre ellos el famoso *Argos*, que siempre lo miró con malos ojos.

El Consejo de Ministros, citado por Santander, había advertido al impetuoso libertador que *siendo dudoso a quien pertenecía el territorio del Alto Perú y terminante la ley colombiana, no debería traspasar las fronteras del Perú*.

En su carácter de Arbitro Supremo, situación que de derecho le correspondía, no le estaba permitido cortar el nudo gordiano. Mientras tanto, a la sombra de las higueras de Arequipa, guardaba el héroe ante los emisarios de la futura Bolivia, aparente o sincera hostilidad. ¿Deseaba que las provincias alto-peruanas se adhiriesen al Perú, como éste lo pretendió hasta el día de Ingavi? ¿Temía ofender a Buenos Aires, provocando, tal vez, una guerra entre pueblos emancipados por comunes esfuerzos? ¿Pensaba, acaso, en algo más grande, en derribar del trono a su solapado enemigo, don Pedro II, Borbón legítimo, joven y atrevido, según el mismo Bolívar decía?

En realidad la actitud del Libertador es en aquellos momentos la de un gran político, quien no desea exponer su prestigio, ni causar daño a la concordia americana, ni desobedecer con impulsos de Imperator las insinuaciones del Hombre de las Leyes, el que, desde su nido de águilas escudriñaba, con la clarividencia del más experto de los políticos, los horizontes de todo un mundo nuevo.

Mucho admiro la perspicacia minuciosa, el saber y las disciplinas científicas del gran polígrafo boliviano, don Gabriel René Moreno, el cual, siguiendo los senderos de una crítica sutil, descubre en Bolívar el intento preconcebido de oponerse a la separación de las provincias alto-peruanas de la pretendida hegemonía peruana. En estilo conciso, en veces áspero, que trascendía un fuerte aroma a cosas añejas, Gabriel René Moreno, moteja a Bolívar en uno de sus libros de *autócrata* y, no recuerdo, de cuántas cosas aún peores. Niégale títulos suficientes para merecer el insigne honor de que llevara su nombre la nueva república. El autor de *Últimos días coloniales en el Alto Perú* y de tantas otras obras, en cuyas páginas brilla la observación acertada junto al dato erudito, no creía en hombres necesarios, ni siquiera admitía que en un preciso momento fuera algún mortal centro obligado de una constelación de voluntades.

La historia no discute el derecho que al supremo homenaje poseía Bolívar. La justicia que es más quisquillosa, tampoco lo pone en duda. Puede asegurarse que no sería Carlyle el autor que colocaba don Gabriel René al acostarse, debajo de la almohada.

Si ha existido un mortal que merezca honor semejante—llevar el nombre de un pueblo—ese varón ha sido Simón Bolívar. A medida que crece y evoluciona el mundo que vió al paladín en su blanco corcel sobre el escenario de los Andes, crece la figura histórica de Bolívar y se eleva el pedestal que sostiene su estatua.

El homenaje que le hizo el Alto Perú resonará al través de los tiempos. Rómulo había transmitido su nombre y su leyenda a la ciudad de las siete colinas: Alejandro, aquel guerrero semejante a un dios helénico, perduraba en los signos de la ciudad semi-griega y semi-bárbara. Sólo él, Bolívar, y Colón habían alcanzado una tan vasta consagración en el pensamiento justiciero de los hombres.

Con el correr del tiempo su efigie se elevaría sobre el dorso de los Andes, en presencia del Illampu y del Illimani, sempiternos centinelas que velarían ante las generaciones humanas por el legado de su gloria de Libertador y de eupátrida.

Cuentan que en días presagiadores de la declinación de su vida, el héroe se entretenía en analizar los sonidos de los

nombres Colombia y Bolivia, hallando más suaves y armónicas las sílabas del último.

En su retiro de Arequipa recibió de manos del Coronel Plaza, su emisario, el decreto del Congreso de las Provincias Unidas, en donde aparecía claramente que Buenos Aires renunciaba a mantener sus derechos, heredados de España, sobre el Alto Perú. El decreto era de 1822. Bolívar se resistía a creer en el generoso desprendimiento de los porteños. Mas, el hecho era evidente. La futura gran Nación Argentina procedió desde entonces de acuerdo con una norma de política internacional, la menos imperialista y la más amplia, que había de darle puesto señalado en el mundo y atraerle el respeto de todos los pueblos.

Recuerdo panorámico*

Una circunstancia feliz para mí, la de haber residido durante varios años en Bolivia como representante diplomático de mi país, hace que yo escriba ahora estas líneas de fervoroso cariño por ella, en el número extraordinario que *La Nación* dedica a conmemorar el Centenario de la Independencia de las Provincias Altoperuanas.

Seguí entonces, y he seguido después, con afecto fraternal los acontecimientos de la vida boliviana. He celebrado los progresos de Bolivia y he padecido con sus contratiempos. No olvido la hermosura de su cielo, en donde las estrellas parecen estar más cerca de nosotros; ni se borra de mi retina la impresión que me produjeron sus paisajes de un colorido exótico y de un alma estática.

Adustas y metálicas montañas
de un azul de cobalto, donde rosas
solo vieron mis ojos; claro cielo
digno de Andalucía... almas discretas...

Admiré sus ciudades, llenas de recuerdos históricos y de leyendas de sabor heroico. Pasé bajo las arcadas vetustas de las amplias casonas de Potosí, la de los tesoros soterrados, la de templos que evocan las más suntuosas catedrales españolas. Por las estrechas callejas de aquella altísima ciudad del mundo, seguí los pasos de los personajes de *La Bella Floriana*, la más linda y pulida página que conozco, evocadora de esos tiempos medioevales y de esa embrujada y fría Potosí; de los cerros ceñudos de la encantada ciudad de las minas, descendí por entre nieve y en zig-zags estupendos, merced a la invención de los modernos motores, a la ciudad de los cuatro nombres, situada en el centro de la América, en las fuentes del Amazonas y del Plata: Charcas, la primitiva; Chuquisaca, la predilecta de los Incas; La Plata, sede de altos poderes españoles, cuna de doctos varones, peripatéticos y enciclopedistas; y Sucre, la que mereció ser la primera elegida para llevar el nombre del varón magnánimo, juez de los guerreros, dechado de gobernantes y honor de toda la raza ibérica.

Llega Bolivia al primer centenario de su independencia después de muchas vicisitudes. Pasó por la ordalía de los tiranuelos oscuros que fueron incapaces de aprender las lecciones del magnánimo. En guerra nefasta padeció desmembramientos de su territorio, y aún espera de la justicia internacional y de la inmanente de las cosas, una reparación equitativa. Desde las cumbres heladas otea como cóndor de alas rotas, los horizontes marinos.

El vasto territorio boliviano posee todos los productos de las zonas del planeta. En el maravilloso macizo de sus montañas guarda en colosal cofre de Aladino todos los metales. En sus valles paradisiacos de Sucre y Cochabamba madura y lozana la manzana, compañera de las más hermosas y pen-

sativas razas humanas; espigan los trigales y las más bellas rosas europeas compiten en matices.

Yo he recorrido esa Bolivia de las gigantescas montañas, tan grandes que empequeñecen al hombre con su sola sombra. Amigo me hice, en comunión divina, del Illimani, eternamente seráfico; del Illampu, en cuya cimera la tormenta combina sus baterías miltonianas, y del Mururata, de cabeza segada por el alfanje de rey de los montes. He contemplado en una tarde de resplandores violáceos la silueta del Sajama, como una interrogación inmensa sobre la extensión infinita. Navegué el lago prodigioso, perdido en alturas dignas de los titanes y recorrí las ruinas de Tyahuanacu, monumento milenario de los vencidos del Altiplano.

Estudí la historia de Bolivia y conocí las heroicas hazañas de su pueblo. Con la imaginación seguí al través de las estepas heladas la marcha de sus soldados, sufridos como las llamas de ojos somnolientos, y silenciosos como las esfinges, que fueron a combatir en Ingavi y en Yungay, bajo tempestades de nieve.

Leí a sus poetas, ora melancólicos, a manera de bardos indios; ora dionisiacos, a semejanza de coribantes que danzaran en presencia de los dioses habitadores de las blancas cimas.

Admiré a sus prosistas, entre los cuales descuella por el saber y la complejidad de los puntos de vista críticos y filosóficos aquel cruceño que aprendió en D'Orbigny a clasificar ideas, mientras el naturalista clasificaba plantas.

Diplomático, un si no es sociólogo y artista, intereséme por todas las manifestaciones de la vida boliviana; y sin perder nunca la sinceridad, anoté sus deficiencias y exalté sus virtudes.

Ni engañé, ni fui engañado. De este contacto verídico entre mi corazón y el corazón boliviano, nació entre su pueblo y el mío una compenetración admirable de sentimientos, que ha perdurado, porque de Colombia y Bolivia sí que puede asegurarse que todo las une; comunidad de glorias en el pasado, anhelos generosos en el futuro.

Entre las palmas que el seis de agosto lleven los bolivianos a los monumentos de sus mártires y sus libertadores, quisiera yo colocar una corona de rosas y de encinas. Las rosas para las sienas de sus poetas y las encinas para los que siguiendo el ejemplo del Marco Aurelio americano, del soldado filósofo, de Antonio José de Sucre, sacrificaron sus ambiciones en aras de la ley.

Río de Janeiro. 1925.

(Envío del Autor)

A vosotras, madres

(Envío del Autor)

EL mundo rebozará de dolores mientras vosotras, madres, creáis que hay virtud y belleza en concebir, en llevar el vientre grávido y deforme, en caminar penosamente, y en tener los ojos mortecinos y las mejillas mustias.

El mundo rebozará de dolores mientras vosotras, madres, sintáis que un niño sólo es vuestro hijo, si le llevasteis ahí en vuestras entrañas, nutriéndose de vuestros propios humores y de vuestra propia sangre.

El mundo rebozará de dolores mientras vosotras, madres, penséis que generar y concebir y alumbrar, son actos meritorios y bellos, cuando no son sino inconsciencia y animalidad y fealdad.

¿Por ventura no es esa la virtud de la vaca, del perro, del cerdo y de todas las bestias?

Todavía las plantas!... Ellas sí, podrían complacerse en concebir, y sentirse bellas y puras engendrando. Abre su flor la planta, madura su polen al beso del sol, al arrullo del pájaro y del viento y al resplandor de las estrellas, y luego la brisa coge en sus alas el granito, y lo lleva lejos, donde su padre ni lo sabe, y lo deposita limpia, fragantemente, en la corola casta de otra flor, que lo recibe como si viniera del cielo. Aquí sí hay fragancia, y virtud y belleza.

¿Mas, concebís vosotras así, madres?

¿Y en qué pensáis al engendrar? ¿En la luz, en el bien, en el amor, en la justicia?

¿Ya tenéis segura, o siquiera probable la dicha del que viene? ¿Ya preparasteis para el niño salud, contento, pan, mente lúcida y puro corazón? ¿Ya sabéis que no será un asesino, un avaro, un rufián, un tahur, un borracho, cualquier cosa ruin o malvada? ¿Ya sabéis que no será la víctima de las mil asechanzas del vicio y del crimen? ¿Que no nacerá idiota, loco, ciego, canceroso o inválido?

No, no os importa: cuando os conyugáis, no tenéis pensamiento, ni la sombra de un pensamiento! Entonces sois, simplemente, el animal, el instinto, el ciego y pobre instrumento de la Naturaleza Diabólica, que, a todo trance, sin piedad ni justicia, quiere perpetuar las especies, eternizar la vida, así sea a costa de perennes y acerbos crueldades.

Madres, el mundo rebozará de dolores mientras vosotras sintáis que en eso hay virtud y belleza, y que esa es la santa maternidad.

* *

No, la santa maternidad comienza al otro día de cuando el niño sale de su cárcel, y se encuentra aquí, inerme y solo, entre las zarzas y las fieras. Entonces, madres, comenzáis vosotras a pagar la falta vuestra y nuestra, a corregir el yerro, a compensar el daño, a disminuir el mal. Entonces, cuando vosotras os olvidáis de comer y de dormir, para velar y cuidar al niño que duerme confiado en vuestro seno; entonces, cuando no hacéis caso del dolor, de la fatiga, de la soledad y del tedio; entonces, cuando vuestra vida y vuestra alma son no más para guardar y resguardar aquella vida y aquella alma desvalida; entonces es cuando estáis realizando la santa maternidad, y en eso sí hay virtud y belleza; excelsa belleza y suprema virtud.

¡Madre que cuidas a tu niño con tu leche, tu sueño, tu trabajo, y tu paciencia y tu resignación y tu esperanza! ahí estás salvándonos a todos del sucio pecado de la conjunción, de la trampa vil y oscura que nos tendió la Implacable Naturaleza. Salvas al niño, salvas al padre, y te salvas tú misma.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

A todos nos redimes con eso, y bien puedo llamarte Salvadora del Mundo.

Con esa maternidad, que es humildad, abnegación, espíritu, estás borrando la mancha de la otra, que fué apetito, animalidad, pasión y ceguedad.

Sí, este elemento demoníaco de la Naturaleza, que hace del mundo un asesinato continuo, es el que nos arrastra a nosotros, con sus fuerzas nefandas, a poblarlo de infelices criaturas que vienen para llorar y hacer llorar.

Somos sus víctimas, sus esclavos, tristes instrumentos en sus manos satánicas.

Mas en eso no hay virtud ni belleza, sino fatalidad y desventura.

* *

El mundo rebozará en esplendores el día en que vosotras, madres, penetréis hasta el fondo en aquellas palabras de Cristo, cuando agobiado bajo la cruz abrumadora, todavía tuvo ánimo de compadecer a los que generan y alumbran, diciéndoles: ¡Bienaventurados los vientres que no concibieron!...

El mundo rebozará en esplendores el día en que vosotras, madres, sintáis cuánto es más alto y puro lo que sale del corazón que no del vientre; cuando sintáis cuánto más bello y más celeste es concebir del Espíritu, que no de la Carne contaminada y triste....

El mundo rebozará en esplendores el día en que vosotras, madres, sintáis que la belleza y la virtud de la maternidad no son el vientre grávido y deforme, sino el corazón henchido de piedad y de amor; el día en que sintáis que la santa maternidad es aquella que acoge al niño huérfano, y le convierte, por la eficacia suprema del amor, en más hijo que el hijo de vuestra propia sangre y de vuestras propias entrañas; y que eso es concebir del Espíritu Santo!...

El mundo rebozará en esplendores cuando toda mujer sienta que en todo niño tiene un hijo; cuando todo niño presienta que donde hay un regazo, es su regazo; cuando el niño y la mujer se adivinen, por fin, y se completen en la unidad divina de la madre que es virgen, de la virgen que es madre...

Entonces, ¡oh mujeres! saquearéis los hospicios, os robaréis a los niños sin pan, os arrebataréis unas a otras los niños sin abrigo, borraréis del idioma la tétrica palabra *orfandad*, y las madres,—la de la carne y la del espíritu,—unidas en un éxtasis perenne de ternura y de amor, lavaran nuestras culpas, v santificarán la vida.

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, El Salvador,
Junio de 1925.



La Alsacia-Lorena de Sudamérica

Lo que hay en el fondo sobre Tacna y Arica

Por WILLIAM E. SHEA

=NOTA: Aunque el Perú ha retirado las demandas que según rumores había hecho para que tropas americanas sean sustituidas por la fuerza de policía actual en las dos provincias en disputa de Tacna y Arica, parece que los peruanos no están enteramente satisfechos con la decisión del Presidente Coolidge de que se hará un plebiscito el 4 de setiembre de 1925 para decidir la soberanía de Tacna y Arica. El artículo del señor Shea ofrece testimonio amplio de que sus temores sobre la honradez de la votación son bien fundados sobre la evidencia de la determinación de Chile a continuar en posesión de las dos provincias, cueste lo que cueste.—(Nota de *The Independent*).=

EN 1909 el congreso de Chile pasó, y el Presidente la aprobó una ley dirigida a fomentar la emigración de chilenos a las provincias peruanas de Tacna y Arica, sobre las cuales Chile estaba—y hasta ahora está—ejerciendo una jurisdicción temporal. La ley proveía para el transporte libre de los emigrantes, su equipaje, bienes domésticos, herramientas y maquinaria; una pensión diaria pagada por adelantado de dos pesos chilenos para esposo y mujer, un peso y medio por cada hijo de más de 20 años de edad, todo esto a tener efecto de la fecha de partida; una casa de tres piezas para cada familia; un molino de viento para que ellos hicieran su hogar en la vecindad de la ciudad de Arica y en el valle de Adapa; los implementos agrícolas que cada clase de agricultura requiere, y semillas y plantas por valor de cien pesos chilenos.

Esta ley pasó en 1909. El 20 de octubre de 1883, en el pueblo de Ancón, un tratado de paz, confeccionado por Chile y forzado sobre el Perú vencido y postrado, fué firmado por los plenipotenciarios de paz de los dos países. Este tratado dispuso la cesión definitiva por el Perú a Chile de la provincia de Tarapacá: un jirón del litoral peruano fabulosamente rico en nitratos y guano. En riqueza este solo artículo del tratado representa un valor una vez y media mayor que el que Bismarck fijó a Francia en 1870 y se proyecta como la indemnización más fuerte de la historia, excepción hecha solamente de la que los aliados impusieron a Alemania y que todavía no se ha cobrado.

El tratado de Ancón proveyó también que:

«El territorio de las provincias de Tacna y Arica continuará sujeto a las leyes y autoridades chilenas durante el período de diez años, calculados desde la fecha de la ratificación del tratado de paz actual... a la expiración de ese término, un plebiscito decidirá por voto popular si los territorios de las provincias mencionadas quedarán definitivamente bajo el dominio de Chile o quedarán formando parte del Perú».

Otra estipulación del tratado fué: que el país a que las dos provincias serían asignadas por veredicto del plebiscito, debería pagar al otro la suma de diez millones de dólares chilenos o soles peruanos del mismo peso y pureza. Un protocolo especial, por agregarse al tratado en una fecha futura, indeterminada, señalaría la manera como el plebiscito se efectuaría, y los términos y fechas de pago de los millones.

El período de diez años terminó en 1894. Antes de que hubiera vencido, el Perú intentó realizar un acuerdo con Chile para hacer el plebiscito; pero fué frustrado en todos sus esfuerzos por obstáculos creados por Chile. Un obstáculo que vale la pena anotar es el argumento de que el espíritu del tratado de Ancón fué que Tacna y Arica deberían llegar a ser irrevocablemente territorio chileno, y que el artículo que dispone una ocupación de diez años y un plebiscito fué in-

cluido como un paliativo al pueblo peruano para asegurar la ratificación del tratado en su totalidad. Siendo las cosas así, y los chilenos aseguraron que eran así, los peruanos fueron aconsejados que se metieran en lo que les importaba en interés de la paz y de la amistad y olvidaran las dos provincias. Naturalmente, el Perú rechazó el argumento y el consejo. Los peruanos se sintieron para con las dos provincias perdidas como la Italia para con la tierra irredenta y los franceses para con la Alsacia y Lorena. Noventa y nueve de cada cien habitantes de Tacna y Arica eran peruanos de nacimiento. Pero la mayor parte eran indios humildes, descendientes del una vez imperio poderoso de los Incas. Su sentimiento era irremisiblemente el de la devolución al gobierno del Perú.

Para enojo intenso de Chile, el Perú no se dejó intimidar, sino que continuó insistiendo en que se hiciera un plebiscito. Hay que decir que el Perú fué estimulado a una agitación continua por el hecho de que, durante el período entero, desde la terminación de la guerra de 1879 hacia adelante, el Tío Sam, en su carácter de padrastro de las repúblicas latinoamericanas, había mostrado un interés agudo en la disputa. A Chile este interés le fué muy enfadoso, y los americanos que vivían en Chile sintieron el peso de su desaprobación de nuestra intervención en sus destinos.

Una vez la indignación alcanzó a tal punto que algunos marinos americanos con licencia en Valparaíso fueron atacados por una caterva, resultando varios muertos.

Esta demostración de resentimiento costó cara a Chile, pues fué forzada a pedir perdón y pagar una indemnización de sesenta y cinco mil dólares a las familias de las víctimas.

Durante los meses que siguieron a la terminación del plazo de diez años de ocupación, los diplomáticos de Santiago, fijándose que el ojo de Argos del Tío Sam los estaba vigilando, fueron forzados a buscar pretextos plausibles para justificar su falta de cumplimiento de las obligaciones del tratado. Tenían las provincias y era su intención retenerlas. Sabían que si se hacía el plebiscito, las perderían y por consiguiente, determinaron que no hubiese plebiscito. Su programa fué agotar al Perú, fastidiarlo, hasta que se resignara a la pérdida y hacer eso de una manera tan circunspecta que Tío Sam no creyera de su deber meterse más en el juego. Como parte de su plan, él creó disensiones entre el Perú y sus designios y por crear un dictador a su gusto en Bolivia, casi tuvo éxito en poner entre estos dos países como fuente permanente de discordia, las dos provincias ofrecidas a Bolivia para salir al mar, una vez que el Perú las abandonara definitivamente.

En 1895 su gran ideal para evitarse de rendir cuentas vino casi como una inspiración. Esto fué un año después que el plebiscito debió haber sido hecho y cuando las recriminaciones del Perú fueron más clamorosas. Toda gran idea es sencilla y esta de Chile fué el máximo de la sencillez. Llegó a hacerse la pregunta de cómo el Perú pagaría los diez millones caso que le resultara el plebiscito favorable, y la determinación de rechazar toda propuesta que el Perú hiciera.

Chile ya había cobrado del Perú, en la forma de la provincia anexada de Tarapacá, una indemnización mayor en dinero que la riqueza íntegra del Estado de Kansas. Debido a la riqueza mineral enorme de Tarapacá, que pagó derechos directos al Gobierno de Chile, quedó prácticamente libre de impuestos y además tuvo suficiente dinero para construir la flota más grande de la América del Sur y sostener en un estilo a que no estaban acostumbradas las hordas oficinistas que constituyen un carácter distintivo de la República de Chile.

Los millones que Chile ha disipado con una mano tan liberal habían sido una vez del Perú, y fuéronle robados a éste por una guerra que historiadores serios han designado

como sin motivo y brutal. No obstante Chile, gozando de esta riqueza fantástica a costa del Perú, tuvo el descaro de rechazar toda gestión peruana acerca de cómo esta cantidad—que suma de tres a cuatro millones de dólares americanos—debía ser pagada. Chile aún rechazó la propuesta del Perú que el plebiscito fuera hecho y que, caso que la decisión favoreciera al Perú, las provincias deberían ser retenidas por Chile hasta que recibiesen ellos el último centavo.

Volviendo al primer párrafo, describiremos la ley de colonización que fué parte del procedimiento conocido como «chilenización», que se inició en 1900, cuando Chile comprendió que el Perú no se resignaba a quedarse tranquilo. La chilenización significa la expulsión de Tacna y Arica de la población indígena y la importación por mayor de chilenos. La ley a que me refiero fué uno de los métodos por los que Chile calculó contrarrestar la preferencia de los naturales por el Perú. Fué una medida arrogante e inmoral, aprobada por el Gobierno de Chile, quince años después de expirado el plazo de diez años de ocupación legal, con el objeto de anular la voluntad de los naturales que eran los únicos que debían determinar bajo qué bandera debían vivir.

Los encargados de la chilenización de las provincias creyeron en 1920 que el cambio de nacionalidad pudiera efectuarse. Veinticuatro años han pasado desde que se hizo ese cálculo durante cuyo tiempo la faena ha sido proseguida con tanto esmero y barbarie, que tal vez ya ha alcanzado su objeto. Qué papel más innoble ha sido este de Chile, durante una época en que se habla de justicia, honorabilidad entre naciones como realidades y no como conceptos abstractos, el de perjudicar el sufragio de un territorio sobre el que debía ejercer sólo custodia temporal.

Pero el proyecto de colonización no ha sido el aspecto más feo de la chilenización. Fué mucho menos censurable que el clamor que levantó Chile de «Tacna y Arica para la raza blanca» y la persecución brutal del indígena y del poblador mestizo, descendientes desgraciados de esos Incas que mil años antes de que Colón partiera de España habían llevado su cultura y civilización a los oasis de esa tierra tan abandonada de la naturaleza.

En el alegato presentado por el Perú hay veintenas de pruebas que revelan la monstruosidad y la inhumanidad de esta fase de la chilenización. En cuanto a la persecución y hostilidad de la pacífica población rural, de hombres de negocio arruinados por la creación de fábricas chilenas subvencionadas por el Gobierno; de propiedades arrebatadas y ofrecidas a colonizadores chilenos; de desgraciados apaleados y expulsados de su país sin un céntimo: al leer estas pruebas que no son sino ineficazmente contestadas en la réplica de Chile, y dándose cuenta de la ley de colonización ya mencionada, se maravilla uno de lo dicho por el señor Coolidge, el árbitro: que no puede encontrar ninguna base correcta para la conclusión de que Chile actuó de mala fe.

Cualquier falta que se pueda encontrar en las palabras o modo de pensar del señor Coolidge, es cosa segura que ninguna persona que piensa con conocimiento de la historia de Chile y del Perú pueda condenar su decisión al efecto de que la disputa debe ser arreglada por medio de un plebiscito inmediato. Si él hubiese decidido de otro modo, basándose en que Chile por su conducta irracional e inhumana hubiese perdido automáticamente su derecho a un plebiscito y a la ocupación continua de las provincias, habría recibido los aplausos del Perú, en lugar de la condenación expresada de los últimos cables de Lima, y a la vez habría destrozado la última esperanza del Perú a recobrar sus provincias. Si hubiese opinado contra el plebiscito, Chile habría invocado esas cláusulas bien astutas insertadas en el arreglo de 1922, que proveen que,

caso que el Arbitro decida que no es necesario el plebiscito, ambas partes, a solicitud de cualquiera de ellas, discutirán la situación resultante de tal laudo... y mientras está pendiente el arreglo acerca de la disposición del territorio, «la organización administrativa de las provincias no será cambiada».

Chile habría insistido en «discutir la situación» y la tarea de chilenización habría continuado a pasos acelerados y habría sido perdida toda esperanza de resolver el conflicto sin derramamiento de sangre.

(Envío de A. G.)

Nadie ha visto tan claramente la cuestión del laudo, ni tan cuerdamente pensado qué es lo mejor sobre el griterío de resquemores inevitables. Nadie tampoco le ha dicho a Chile con mayor entereza que Shea en Estados Unidos, todos los manejos atravesados de la aviesa política chilena.—Nota de Alberto Guillén, Av. Arica. 328. Lima.

El pañuelo

NINGÚN objeto de nuestro uso diario, tiene más atracción y desempeña un papel más interesante, que el pañuelo.

Cuando le llevamos en la mano, los ojos de nuestros vecinos están siempre asechándonos para ver qué vamos a hacer con él, y en el instante de abandonar un puerto, nadie se fija en las personas que se congregan en la playa para decirnos adiós, sino en los pañuelos que se agitan en sus manos, hablándonos un lenguaje que todos comprendemos, y que nos llega hasta lo íntimo del alma.

El pañuelo que usamos en el bolsillo del pecho, es talvez el reflejo más elocuente de nuestro modo de ser. Si le llevamos timidamente oculto, revela desconfianza en nosotros mismos; si salido en demasía, petulancia y falta de aplomo; si en forma de picos, a semejanza de una cordillera andina, fatuidad y deseo de llamar la atención.

Un pañuelo arrebatado de unas manos que nos sean queridas, es talvez el mejor y más elocuente de los recuerdos. Como que el ser que lo lleva, deja en él algo de su personalidad y de su vida.

Cuando en la ausencia lo contemplamos, en el acto reconstituimos todo el pasado y creemos tener muy cerca de nosotros a la persona que lo poseía.

Muchos pañuelos se convierten, a fuerza de ser necesarios para evocar un recuerdo, en el complemento de una personalidad.

Sin el pañuelo Pompadour, o rabo de gallo, no podríamos reconstruir la figura tranquila y elocuente de don Miguel Antonio Caro, en los días inolvidables del Parlamento, a raíz de la guerra pasada.

Sin los pañuelos trágicos, la figura de Boló Pachá hubiera sido tan borrosa y desdiciente, como la de los Ministros griegos.

Pero Boló Pachá, vestido de rigurosa etiqueta para sentarse en un banquillo, y recomendando al oficial encargado de la ejecución que le entregase a su hermano el Obispo, y a su esposa, el mudo mensaje de sus finos pañuelos teñidos con la sangre que había de brotar de su pecho al golpe de las balas, es algo que le hace a uno reconciliarse con ese farsante que pasó en Colombia por ser un privilegiado, porque traía para nuestro Gobierno cartas autógrafas del Papa.

¿Por qué no se le ocurrió en el momento supremo, escribir unas líneas de protesta, o hacer otra manifestación de cariño a los seres que le preocupaban en la vida?

Boló Pachá, que había trajinado tantas cosas y sabía el

sentido íntimo de todas las sensaciones, no tuvo más mensaje de cariño para ellos, ni más despedida elocuente que esos pañuelos, que al ser hoy desplegados al viento y puestos a la luz, nos dirán más por los huecos que en ellos hicieron las balas, y con sus manchas de sangre, que todos los mensajes escritos, y todas las flores mustias, que al fin y al cabo, jamás están como los pañuelos, tan impregnados de nuestro sér.

Cuando los amigos de Eamon de Valera prestaron ante él solemne juramento de no deponer los armas, uno de ellos que sabía de sobra que su esfuerzo resultaría tan estéril como el de Don Quijote, le dijo al gran irlandés:

—Si por una desgracia inesperada, usted llegara a decretar la sujeción al Gobierno, ¿cómo haríamos para saber que esa noticia fatal era auténtica?

Y de Valera, sacando del bolsillo de pecho un hermoso pañuelo de seda que ostentaba las armas de la República, bordadas por manos purísimas, le respondió:

—Yo os enviaría este pañuelo roto en mil pedazos, para no escribir con mis manos esa orden fatal.

Eamon de Valera acaba de enviarles a sus compañeros el mensaje dolorido en un pañuelo hecho añicos, que les ha debido decir todo su dolor y todo su despecho, ante el inmenso aislamiento en que le dejó el mundo, y ante la dolorosa realidad de que ya no hay idealistas en él.

Al romper su pañuelo, para decirles a los republicanos que todo esfuerzo era ya inútil, y que había que pensar en la suerte de Irlanda primero que todo, de Valera debió sentir lo que se siente, cuando en ciertos casos inolvidables en la vida, el médico pone al padre a decidir entre la muerte del primogénito largamente esperado, y la vida de la madre que ha de salvarse si éste sucumbe.

Y cuando Cristo Nuestro Señor ascendía con la cruz a cuestas hacia el Monte Calvario, inundado el rostro de sangre y lleno de lodo, ¿no fue el pañuelo de la Verónica el único digno de recibir para toda la eternidad la imagen verdadera de su santísimo rostro?

El pañuelo es el confidente de nuestras alegrías, y el depositario de nuestras penas, transformadas en llanto. Cuando el hombre se hace más digno de la admiración de los dioses, decían los griegos, es cuando brotan de sus ojos las lágrimas, y es el pañuelo el llamado a recibirlas, y es sobre sus pliegues ligeros donde se vierten en silencio, para no dejarlas profanar por nadie.

* *

En mi vida, hay dos pañuelos que pudieran ser como dos faces dichosas y doloridas de ella. El primero vino a mis manos en un día inolvidable, y fué mi compañero y mi consuelo en los días de cautiverio en la cárcel de Cartagena de Indias.

Cuanto este pañuelo me dijo, solamente lo puede saber quien se haya sentido en ese doloroso aislamiento que le hace creer al hombre en un más allá donde no hay odios ni rencores.

Habíamos caído prisioneros, y se nos conducía a Cartagena en un buque especial.

Cuando atracamos en Magangué, una infinidad de gentes se agolpó a mirarnos. Entre ellas ví una mujer vestida de negro, y en plena belleza, que me saludó cariñosamente con su pañuelo. Un momento después nos reconocíamos como amigos de mejores días, y nos decíamos todos nuestros pesares por la ausencia, a la vez que interrogábamos al Destino acerca de las vicisitudes que nos esperaban.

Mi amiga no pudo articular una sola frase al ver lo dolorida de mi situación, y las lágrimas se encargaron de traducirme la pena que ella experimentaba.

Al pitar el buque para seguir su marcha hacia Calamar,

me dió la mano y dejó entre las mías su pañuelo empapado en llanto.

Cuando yo quería evocar su figura, cuando quería sentir junto a mí su corazón amigo, sacaba el pañuelo y lo tenía largas horas entre mis manos.

Todo el pasado dichoso acudía como un conjuro, y la soledad moral, que es el peor de los dolores de un preso, se transformaba para mí en un inefable encanto de añoranzas.

Allí estaba mi amiga de los días dichosos, allí estaba acompañándome en mi cautiverio y sufriendo conmigo.

Si hubiera sido su retrato, de seguro no la habría sentido tan cerca, tan íntima y tan consoladora; porque el cartón de un retrato no puede penetrarse de nuestro sér, ni es suficiente a contener el amargo recuerdo de nuestras lágrimas.

Días después, al recobrar mi libertad, el pañuelo que había sido mi compañero y mi consuelo, hubo de ser hecho pedazos para vendar las heridas de un amigo que yacía mortalmente herido, y su misión fué tan noble como lo había sido en los días de mi aislamiento y de mi cautiverio.

Pero el pañuelo que ha hecho en mi vida la más honda huella, es el que guardo en el fondo de una caja de recuerdos, y que nunca he querido mirar desde el día en que llegó a mis manos, como el más triste mensaje que un hombre puede recibir en la vida.

Mi madre, ya moribunda, había ordenado que se colocaran en la humilde estancia donde iba a exhalar el último suspiro, dos sillas y un ramo de flores. El día de su muerte llamó al doctor Roberto Albornoz, su médico, para darle las gracias y para recomendarlo al agradecimiento y al cariño de sus hijos.

El doctor Albornoz, que sabía el temple de su alma, me dijo en su presencia que no la molestara con más remedios, y ella respondió sonriente:

—Usted no debe afanarse por este viaje que todos debemos hacer. La ciencia nada podrá contra lo inexplicable, ni usted hará tampoco nada en mi favor con sus lágrimas.

Después de despedirse del doctor Albornoz y de repetirle sus agradecimientos, me dijo:

—Haga usted que me lean algo que se relacione con la otra vida.

A su cabecera se instaló una dama gentilísima que leyó durante un rato las consideraciones sobre la eternidad.

De pronto dió un profundo suspiro, y apretándome la mano, exclamó como si volviese de un sueño:

—¡Qué larga se hace esta agonía!

Más tarde volvió a cogerme las manos, y después de hacerme mil recomendaciones para mis hijos y para mi esposa, me dijo:

—Yo no quiero despedirme de usted, pero tampoco deseo que crea que no sé a qué horas me voy a ir. Cuando sienta que llega la muerte, le entregaré el pañuelo que tengo en mis manos, como mi postrer mensaje de cariño, y para que vea que usted embarga hasta el último instante de mi vida toda mi atención.

Desde aquel momento, no volvió a articular una sola frase, y siguió pasándose el pañuelo por la frente y por el rostro, periódicamente. A medida que la fatiga la asediaba, iba pasándose con más intervalos, y sus ojos cerrados dejaban notar las profundas ojeras que iba marcando en ellos la muerte.

De pronto, dió un suspiro, y haciendo un esfuerzo supremo, buscó mis manos, y puso en ellas el pañuelo que había de llevarme el más doloroso mensaje que el hombre puede recibir en la vida.

Vertí sobre aquel pañuelo todo el raudal de mi llanto, y cuando mis manos buscaron las suyas, ya el frío de la muerte las había invadido y su alma viajaba hacia lo inescrutable.

Mas tarde, he ido a su tumba, he tocado con mis manos

mortales los brazos rígidos de la cruz que se alza a su cabecera, pero jamás me he atrevido a mirar el pañuelo que me dió su último adiós, aun cuando sé que al acercarlo a mi rostro, volvería a sentir el calor del suyo, y que algo de su ser impregnado allí me diría por unos instantes que mi madre no ha muerto!

Todos los lenguajes de la vida, los retratos y los cabellos de los seres amados, no tendrán jamás para nosotros lo que guarda un pañuelo.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

El Epiro, agosto 24 de 1923.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Párrafos

tomados de una conferencia dada por Mr. Ernest Wood en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, en 1923.

...Además del sentimiento de solidaridad, hay dos grandes emociones que pueden inspirar a los estudiantes a vivir y trabajar y en las cuales se regocijan nueve sobre diez de los que no han estado demasiado reclusos en un ambiente de egoísmo y desgaste de su virilidad: son el Patriotismo y la Devoción y Aspiración religiosa.

En algunos de mis colegios en la India, fijé lo que llamábamos el Período Patriótico, un tiempo de cuarenta y cinco minutos cada semana, durante los cuales los maestros y alumnos de todos los cursos se reunían en un gran salón. En el escenario poníamos el retrato de uno de los grandes personajes hindúes de los tiempos pasados o presentes, adornado con flores, siguiendo así la costumbre con que en la India se honra siempre a quien se quiere distinguir. Empezábamos nuestras reuniones con un cántico patriótico en el que todos tomábamos parte describiendo la belleza y fertilidad de la madre patria. Después uno de los profesores o también a veces uno de los alumnos más adelantados, pronunciaba durante media hora un discurso preparado anticipadamente, relatando la vida y trabajos del gran hombre a quien se trataba de honrar, y los beneficios que reportó a su patria y a sus conciudadanos. Durante el año escolar podíamos así hacer conocer a los alumnos más de treinta de sus prohombres: religiosos, soldados, hombres de estado, poetas, reformadores, científicos, artistas, etc. El orador se escogía en cada ocasión, entre los admiradores del elogiado, y se le dejaba en libertad de tratar el tema; esto permitía acostumar a los estudiantes a oír con tranquilidad, diferentes puntos de vista y opiniones y a juzgarlos imparcialmente. Esto los enseñaba a ser fuertes y reservados como el perfecto caballero de quien habla Confucio: «Un caballero es siempre imparcial; pero nunca neutral». No puedo describir la emoción de los escolares en estas reuniones, los vivas, el fuego del entusiasmo y de la resolución que se despertaba en sus jóvenes corazones, ni el vigor de esos cientos de voces entonando el himno final,

De un modo semejante teníamos también el Período Religioso, en que se trataba de las vidas y pensamientos de esclarecidos religiosos y santos de la India, y de otras partes del mundo. Sólo una condición podía hacer que este trabajo fuera provechoso: devoción sincera de parte del orador, y perfecta independencia de dogmas o de espíritu de propaganda de parte de las autoridades del colegio. El orador podía elogiar cualquier Maestro o doctrina; pero no debía hablar mal de ninguna; esa era la única restricción. Creíamos en el triunfo de la verdad en el corazón humano; que las

estratagemas, engaños, oscuridad y dogmatismo sólo pueden hacer daño a la sensibilidad religiosa de los estudiantes, e imposibilitar su camino hacia los pies de la Divinidad.

¿Aceptaré el Presbítero González, sacerdote y representante del pueblo en el Congreso, la enseñanza religiosa en las escuelas sobre esta base?

(Envío de don H. R.)

El Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones

Por A. DE LAPRADELLE

Por iniciativa de M. Geouffre de Lapradelle acaba de constituirse en París un Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones. Reunidos el 5 de abril en la oficina de la calle Vernet, sabios, juristas, economistas, historiadores franceses, todos igualmente persuadidos de que la Sociedad de Naciones ha obtenido ya tales resultados que éstos deben ser científicamente estudiados, acordaron unir sus competencias diversas con la mira de hacer un examen sistemático de los grandes problemas internacionales.

A dicha reunión asistieron los señores Berthélemy, Truchy, miembros de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Robert de Caix, Fournol, Lichtenberger, Basdevant, Cassin, Gidel, Jese, Lalouel, Lavergne, Lescure, Meunier, Oualid, Picard y Rolland.

Se adhirieron de antemano los señores Arnaude, Aftalion, Allix, Berthélemy, Dumas, Eisemann, Fauchille, Yves de la Briere, Le Fur, Germain, Martin, de Martonne, Meillet, Merignac, Mestre, Niblyet, Parmentier, Percerou, Ripert, Rist, Scelle, Serruya, Sibert, Vermeil.

A la salida de la reunión, M. de Lapradelle tuvo a bien darnos, tocante a la índole de la agrupación y al objeto que ésta se propone, las explicaciones siguientes:

Desde hace ya cinco años, la Sociedad de Naciones persigue, en el campo de la acción política, una obra que crece sin cesar, que se traduce cada año en nuevos resultados. El derecho, la economía política, la historia se han enriquecido con cierto número de reglas o de experiencias que merecen, por el interés mismo de la ciencia, un examen cuidadoso y fuera de toda idea de propaganda o de contrapropaganda, con espíritu de estricta imparcialidad, hecho por personas de probada competencia. En el orden del derecho internacional, por ejemplo, problemas, ya de forma, como la conciliación, el procedimiento de solución pacífica de conflictos, ya de fondo, tales como el régimen de los puertos o de los ríos, se han renovado bajo la influencia del Pacto y de las decisiones ya muy numerosas de los órganos diversos, generales o especiales, de la Sociedad de Naciones. Al mismo tiempo, problemas nuevos, la protección de las minorías, los mandatos internacionales, para sólo citar estos dos ejemplos, recibieron por vez primera una reglamentación hasta entonces desconocida por el derecho de gentes positivo. ¿Cómo es posible, pues, que los juristas se desinteresen de la contribución que de modo constante y cada vez más amplio aporta la Sociedad de Naciones a la transformación de las reglas antiguas, o a la formación de nuevas reglas jurídicas? En el orden de la economía política y financiera, las empresas del salvamento del Austria y de Hungría suministran ya a la investigación científica nuevos y vastos campos de observación, en tanto que al poner la Sociedad de Naciones en estudio, con los medios de

información universal de que dispone, cuestiones tan gravemente espinosas como son los impuestos dobles y la evasión fiscal, promete a la impaciente curiosidad de los especialistas datos que éstos desean poder seguir y controlar durante el curso mismo de la gran encuesta que se prepara, para así ayudar mejor y con mayor prontitud a la Sociedad de Naciones en la tarea de desentrañar los resultados.

No hay actualmente, en el orden internacional, ninguna cuestión política que no se presente desde el doble punto de vista de la economía política y del derecho. Y así mismo, no se puede tratar cuestión jurídica o económica alguna, sin ayuda de la historia. De suerte que juristas, economistas e historiadores comprenden que para extraer de los actos y resoluciones de los diversos órganos de la Sociedad de Naciones las conclusiones que de ellos se derivan, deben unirse en un esfuerzo común, en un mismo equipo de trabajo, dosificando las competencias según el asunto que se considere.

Pero no se trata tan sólo de hacer constar resultados; hay que apreciar mejor su valor. La ciencia es esencialmente crítica. Ninguna crítica científica puede ser ejercida sin un examen rigurosamente atento de los objetos a los cuales se refiere. Por ende, la primera obra debe ser de observación, es decir, de documentación; pero la documentación, requisito *sine qua non* de la ciencia, no es toda la ciencia. Penetrados de esta verdad, los miembros del Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones, no se proponen extraer de los voluminosos documentos del organismo de Ginebra reglas claras y principios fácilmente accesibles en textos inmediatamente coordinados, como no sea para someter esas reglas y esos principios a la prueba de la crítica. ¿Será justa en principio la regla que se sienta? Y si lo es en principio, ¿lo será en detalle? Si parece prematura, ¿de qué salvedad debe ir acompañada? Si parece sabia y oportuna, ¿cuál es la petición de progreso que debe venir tras ella? El Comité se esforzará en dar soluciones de esta clase.

Exclusivamente compuesto de miembros franceses, el Comité acogerá siempre con gusto las comunicaciones que tengan a bien hacerle sobre los asuntos que estén en su orden del día los sabios extranjeros de paso en París; pero no ha creído que fuese útil una sociedad internacional para la obra que se propone realizar. Así como para la propaganda existen comités nacionales de acción, ha pensado que desde el punto de vista del progreso científico caben en los diversos países comités nacionales de estudio. Lo que desea el Comité francés no es procurar la formación en París, con el apoyo de colaboradores extranjeros, de una doctrina internacional sobre la Sociedad de Naciones, en la cual el punto de vista francés correría el peligro de tomar una preponderancia absorbente; sino que se forme en París un concepto nacional de cuerpo de doctrina, nacido o que se desprenda de los trabajos de la Sociedad de Naciones; concepto que sería posteriormente controlado, en la plenitud de la independencia nacional de sus métodos y de su espíritu, por sociedades semejantes formadas en todos los países, conforme a un plan análogo. De suerte que el Comité tan solamente es nacional para que la obra a la cual se consagra y de que sólo puede y pretende asumir una parte, resulte verdaderamente internacional.

Sobre estas bases y después de un intercambio de opiniones, los miembros del Comité acordaron establecer su reglamento provisional y su plan de acción. La competencia de los que desde luego han aceptado consagrarse a esta obra, puede considerarse como segura promesa de la importancia de sus trabajos, así como una seguridad del celo que desplegarán, la espontaneidad y el calor de su adhesión.

(Traducido de *L'Europe Nouvelle*, 2 mayo, 1925.
Envío de don A. A. Q.)

EN la vieja Ciudadela de Barcelona. Un anochecer de 1845. Tras de aquellas odiadas murallas, en un estrecho calabozo, se halla encerrado un muchacho de veinte

años, con el cuerpo enfermo y el alma soñadora. A través de las rejas, llega hasta la prisión, con las últimas claridades crepusculares, un rumor de frondas y un gorjear de pájaros.

Aquel joven es un preso político. En los tiempos de Narváez y González Brabo bien está en la cárcel un mozo de corazón republicano, criado en las avanzadas proletarias y enamorado de los ideales de la Revolución francesa. Un régimen de represión pesaba sobre toda España. Sentía el muchacho que su espíritu se ahogaba en aquel ambiente reaccionario, lo mismo que sus pulmones respiraban mal entre los muros de la sombría Ciudadela, erigida, para escarmiento de los catalanes, por el absolutismo centralista de Felipe V. Pero lo mismo que el fresco aire vespertino entraba, consolador, por la ventanilla de la celda, así también, bajo la represión política, corrían por el país ráfagas de idealismo y de libertad.

¡Años románticos de mil ochocientos cuarenta y tantos!... Todo su frustrado anhelo palpaba entonces en el alma del joven encarcelado. Medio tendido sobre el camastro ruin, aspiraba con melancólica voluptuosidad aquel aire de fuera, cargado de aromas y de cánticos. Recordaba, quizás, las cortas jornadas de su vida. Los sueños infantiles, la súbita pobreza del hogar, el aprendizaje en el taller de tornero, el amor a la blusa del trabajo, las fatigas, las enfermedades, las ilusiones; el ansia de redimir a sus camaradas obreros, emancipándolos de la servidumbre económica y de la miseria espiritual; la fe republicana; aquella Junta Central revolucionaria, en la que él ocupaba ya un lugar apenas traspuesta su penosa adolescencia; el terrible bombardeo de Barcelona... ¿Qué valía todo aquello? ¿Eran delirios de niño? ¿Era, acaso, la aurora de los futuros movimientos sociales que habían de transformar la vida de los pueblos?

El pobre muchacho se sentía dominado por la emoción. Poco a poco el calabozo iba quedando a oscuras. Perdía casi en las sombras la doliente figura del prisionero, con el rostro afeado por el defecto de un ojo, y el cuerpo un poco torcido. En endeble organismo se alberga, a veces, un gran corazón. Ya fuera, entre las ramas, las últimas aves enmudecían. El silencio, la soledad, agobiaban. Mas en el gran corazón generoso empezaba a sonar suavemente una música interior. Música espiritual, música amorosa, música de anhelos y de esperanzas, a cuyo son habían de cantar después millares y millares de hombres...

—¡Belleza y Libertad!...—suspiraba el joven recluso—. No hay otra cosa que merezca el dolor de una vida. Yo consagraré la mía a elevar material y espiritualmente a los hijos de mi pueblo, despertando en ellos el sentimiento de estas dos supremas aspiraciones: ¡Libertad y Belleza!... Si los antiguos levantaban sus ciudades al son de la lira, que el semidiós pulsaba, ahora será el pueblo mismo el que, al son de sus cantos varoniles, edifique dentro de las almas la ciudad del

La voz de Clavé

Por LUIS DE ZULUETA

porvenir. Si en los tiempos de la fábula la música movía las piedras, ¿no agitará todavía los corazones? Yo enseñaré a mi pueblo a cantar; pero a cantar agrupado, en

coros, fraternalmente, colectivamente, juntando a todos los obreros en la conciencia de su solidaridad. La canción del trabajador aislado es un lamento; la de todo el pueblo unido es un himno de victoria. Les redimiré de su esclavitud; afinaré su espíritu; les sacaré de la servil sumisión o de la degradante taberna;

encenderé en sus pechos la antorcha del ideal... Y el pueblo se levantará. Cataluña será una democracia social, regida según la Justicia. Lo será España entera, federalmente unida, colaborando todos sus hijos con espontánea voluntad al bien común...

Aquel mozo que así divagaba en sus nobles inquietudes llamábase José Anselmo Clavé. Fué en el calabozo donde concibió la idea primera de los Coros populares. Idea brotada en el alma del perseguido, del avanzado, conservó toda su vida el impulso inicial de emancipación. Al lado de las dulces canciones comarcales, enseñó Clavé al pueblo las notas universales de *La Marsellesa*, no como himno francés, sino como cántico de liberación humana. Tradujo al catalán las estrofas de Rouget de l'Isle. Y un día, el antiguo preso de la Ciudadela, rodeado ya de centenares de obreros, alzó su brazo sobre las rojas barretinas, heredadas de la Frigia, y, dirigiendo al coro, oyó *La Marsellesa* en la voz imponente de las masas acordes...

«Al arma, al arma, fills del poble!»—«Lo jorn de gloria es arribat!»...

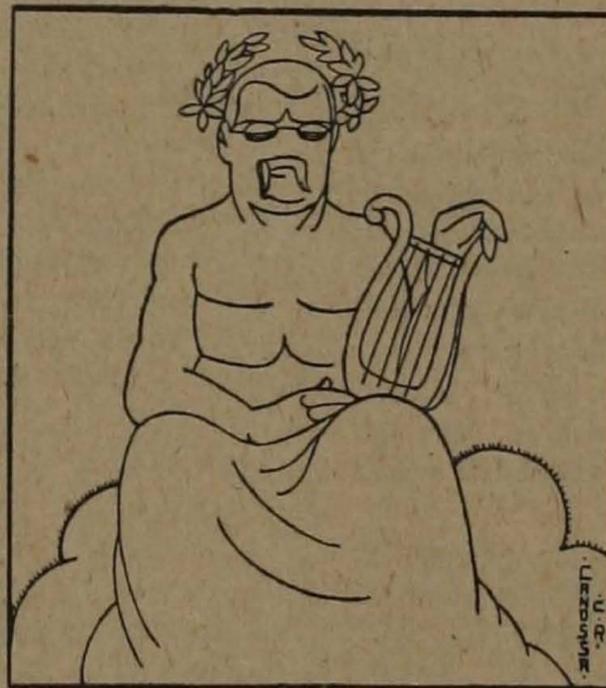
Pasaron los años. Llegó el 68 con la Revolución. Llegó el 73 con la República. Entonces intervino Clavé en la vida política. Al frente de la Diputación de Barcelona, afirmó el federalismo y evitó el cantonalismo. Mostró, con su ejemplo, que en un ambiente de democracia el amor a las libertades locales es la más firme garantía de la unidad de España. Sentóse luego, como diputado, en las Cortes Constituyentes. Cuando, el 3 de enero de 1874, el general Pavía disolvió el Parlamento, Clavé, amargado y enfermo, retornó a Barcelona y se encerró en su casa, de la que ya no volvió a salir más. Sólo salió su cadáver, unas semanas después.

...Y ahora, cincuenta años más tarde, acogemos cordialmente, en este Madrid abierto y hospitalario, a los Coros de Cataluña. Oímos sus voces, recias como su tierra natal, y no hallamos para recibirles mejor saludo, mejor bienvenida, que la evocación sincera del Maestro. Cuando los cantores enmudecen, y terminan los discursos oficiales, y se apaga el rumor de los aplausos, parece que en el aire, todavía estremecido, flota la sombra gloriosa de José Anselmo Clavé.

En el silencio vibrante, aquella música interior de otro tiempo vuelve aún a sonar débilmente como en la noche de la Ciudadela. ¿Es la voz remota del Maestro? ¿Es una palabra de ultratumba o un eco lejano de aquellos veinte años soñadores?... ¡Belleza y Libertad!..., diríamos que murmura todavía. ¡Que sepan unirse, como en la armonía de un coro, todas las manos trabajadoras, todas las frentes idealistas!... ¡Que a una y otra orilla del padre Ebro no haya más que respeto recíproco para lo que es y debe ser diverso, y un mismo

Los coros de Clavé,

por BAGARÍA.



CLAVÉ.—Cantad, cantad, hijos de España, las canciones de vuestro pueblo; pero no olvidéis sus sufrimientos.

amor para lo que debe ser común!... Y no olvidéis, hijos, que esta misión de arte se engendró en un ensueño de cívicos avances... ¡Que esos Coros, que llamáis de Clavé, no sean nunca infielés al espíritu de aquel Clavé que los creó!... Todo el progreso moral depende de la educación del pueblo. Mas las dos grandes educadoras, las dos inseparables educadoras de las multitudes, son la Belleza y la Libertad...

(La Libertad, Madrid).

El verbo *cobrar* y su alcance jurídico

Dedicado a los estudiantes
de Derecho.

DEPURANDO mi modesto archivo de todos aquellos papeles y documentos que la acción del tiempo va encargándose de declarar inútiles, me encontré con la ilustrada contestación que el Lic. don Ricardo Jiménez le diera a una consulta que le hice respecto al alcance que en Derecho tiene el verbo *cobrar*.

Eso ocurría por el año de 1910, época en que los vaivenes de nuestra azarosa vida política, me obligaron a salir del país para establecerme en Costa Rica, donde ejercí mi profesión de abogado.

Con motivo de un negocio judicial hube de solicitar la autorizada opinión de don Ricardo, como allá acostumbran llamar al actual Presidente de aquella República, quien también lo era por la época de la consulta.

Sin entrar en otros pormenores, diré que el buen éxito de la *litis* que iba a sustentar dependía únicamente del alcance o valor jurídico que se le diera al verbo *cobrar*, en un contrato que iba a servir de base a la demanda.

Resolví, pues, dirigirme al profesor y al amigo, a fin de darle mayor fuerza moral a mi causa; y al efecto, le hice la consulta aludida, aunque un tanto temeroso de que su contestación no me llegara con la oportunidad debida a causa de sus altas labores administrativas; sin embargo, no sucedió así porque habiéndole llegado mi comunicación como a las 7 y media p. m., al día siguiente, a la hora del café, me decía el hotelero: «Doctor, en el escritorio tengo para Ud. una carta de la casa presidencial».

Era nada menos que la que ahora adjunto a las presentes líneas, consultando el provecho que puede sacar de ella la juventud que se dedica al estudio del Foro.

En una palabra, me dió lástima romperla, como lo estaba haciendo con otras tantas cartas y papeles que conceptuaba inútiles.

Aquí—me dije—en estas líneas qué trazara hace quince años la poderosa mentalidad de un Ricardo Jiménez, modelo de mandatarios, hay un rayo de luz para la intrincada ciencia de Justiniano, y ese rayo de luz bien merece que sea apisionado en las páginas de *Los Domingos*.

Sirvan también estas frases como un cariñoso recuerdo al gobernante que tan sabia y briosamente ha sabido manejar los destinos de su pueblo.

Managua, 4 de julio de 1925.

R. ROSTRÁN
Abogado incorporado
en Costa Rica.

San José, 10 de noviembre de 1910.

Señor doctor don Ramón Rostrán.

P.

Estimado señor y amigo:

Si he sido Juez de Tribunales nunca he sido Juez en materia de lenguaje; pero mi profesión de abogado me obliga a interpretar bien que mal los textos legales, y leyendo los artículos del Código Civil y de la Ley de Cambio, a los que Ud. se refiere en su grata de ayer, entiendo que el verbo *cobrar* en los artículos 165-869 y 870 del Código Civil significa «exigir o reclamar el pago de la deuda»; pues a mi juicio resultaría sin sentido la otra acepción, que es la castiza, de «recuperar o coger el valor del crédito». Lo mismo digo con respecto al *cobrar* del artículo 165 de la Ley de Cambio. En cuanto al *cobrarla* del artículo 65 de esa Ley, me parece que está allí en el sentido de «percibir el valor de la letra».

Por supuesto, no desconozco que esa acepción que damos en Costa Rica al *cobrar* y que, según Ud. me dice, es corriente en el resto de Centro América, no es buen castellano.

De ese vicio se adolece también aun en España; pues Cuervo en su obra *El Lenguaje bogotano*, párrafo 506, cita el epigrama español siguiente:

Un acreedor eficaz
cobró a Blas cuando moría,
y éste al acreedor decía:
déjame morir en paz.

—¿Conque morirte prefieres?
dijo el otro.—Pues no quiero.
Paga la deuda primero,
y muere cuando quisieres.

Que el uso existe, el mismo Cuervo lo reconoce, pues concluye su crítica con estas palabras: «como quiera, siempre será bueno andarse con tiento al usarlo; sobre todo en escrituras, declaraciones, etc., pues es ocasionado a graves equivocaciones».

El proceso evolutivo en virtud del cual se ha llegado a emplear el verbo *cobrar* en el sentido de «reclamar y percibir el importe de una deuda», y a veces en el de «reclamarla» simplemente, me parece que consiste en tomar lo consecuente por lo antecedente hasta el punto de que hemos llegado a decir: «fuí a cobrar una deuda y no me la pagaron». La extensión que atribuimos al verbo *cobrar* no parece por otra parte muy contraria al uso castizo, porque yo veo que el Diccionario de la Academia trae la locución «poner cobro en una cosa», y la explica diciendo «hacer diligencia para cobrarla». Esa significación está muy cerca de nuestro *cobro*, equivalente a *reclamo*. Pero sea incorrecto o no nuestro uso, me parece que nuestras leyes, en los puntos citados por Ud., emplean el vocablo *cobrar* según nuestro modo corriente de hablar.

Soy afectísimo amigo y servidor de Ud.

RICARDO JIMÉNEZ

(Los Domingos,
Managua, Nicaragua).



Página lírica

de Julián Marchena

Voy a escribir una página sobre Julián Marchena.

La hoja de papel se tiende blanca ante mí, y en el pensamiento no hay ningún plan.

Escucho el recuerdo que canta dentro del corazón. Es un canto que hace pensar en el del jilguero, al caer la tarde en un bosque, cuando los rayos del sol poniente se deslizan sobre los troncos musgosos.

Es un niño que viene a mi casa a jugar con mi hermanito. Lo veo lo mismo que en los sueños, en los cuales no se pueden precisar las formas ni los sonidos. De pronto, un detalle se delinea nítido: el niño viste con pulcritud. Lleva una blusita clara, muy limpia. ¿Qué dice? ¿A qué juega? La cabecilla se agita en la carrera semejante a un capullo de esperanza que se mece al soplo del viento retozón. Me sonríen sus labios con esa sonrisa clara que es un halo de gracia en torno de la boca de los niños. La pequeña figura disminuye a mi vista, se hace pequeñita... tengo la ilusión de que se refleja en una pupila azul.

Y yo pasé a su lado sin escuchar al Dolor y a la Poesía tejer dentro de él su Destino — encaje de crepúsculo para el cual la noche dió sus hilos de sombra y la aurora sus hebras de luz.

Ahora pienso con amor en el muchachillo vestido con esmero que venía a jugar con mi hermano menor. Yo me digo con tristeza: las mismas manos que confeccionaron aquella blusita clara son las que hoy me han enviado copias de sus versos. ¡Manos maternas! ¡Cómo os debéis de hacer tiernas al copiar los versos del hijo ausente y al revolver dentro de la gaveta las cosas que de él conserváis!

Otro recuerdo se levanta en mí.

Con los ojos cerrados miro a través del tiempo. Hay un muchacho de veinte años, sentado en aquel rincón. Es en esta misma pieza en que ahora escribo. A su lado está otro hombre joven... ¡Ah! sí, es uno que fué mi amigo y del que hoy no queda sino un montoncito de huesos en un cementerio de París. Se charlaba en torno de las tazas de café y a través del humo de los cigarros. El recuerdo de tantas burlas, de tantas ironías, de tantas quimeras que éste y yo hiciéramos se ha esfumado, pero surge preciso — tan preciso que el oído casi lo toca — el silencio que el primero, aquel muchacho, ponía a la vera de las locuras que hablábamos los otros dos. Quizá ni nos oía, por escuchar el murmullo íntimo de la fuente que para apagar su sed de amor y de belleza había brotado dentro de él mismo.

Miro el rincón que fué propicio a nuestras divagaciones y pienso en el montón de huesos que hay en una tumba lejana y en el poeta cuyos versos tanto quiero. ¿Hacia qué ilusiones lo habrá arrebatado la vida? ¿Por qué crueles realidades habrá arrastrado y desgarrado sus sueños?

¿Mis ojos caen en esta estrofa de su poema *Interior*:

«Pero no me entristece la fatiga
ni lo que en mi reposo haya perdido,
ya que nunca he de estar arrepentido
de sentirme cigarra antes que hormiga».

CARMEN LIRA

Julio 25 de 1925.

VUELO SUPREMO

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos,
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera
en indecisos lampos mortecinos,
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo!

Costa Rica. 1919.

EN LA MUERTE DE RENÉE

Así como en el agua adormecida
muere en silencio la voluble onda,
se fué calladamente de la Vida,
hacia la Nada, que el Misterio ahonda.

Jamás he contemplado flor nacida
que miel tan pura en su corola esconda,
como Aquélla que puso en toda herida
su mirada de amor, serena y honda.

Hoy, ya tiene dos alas de querube
sobre los blancos hombros. ¡Triunfadora,
cuando viva en la concha de una nube

o en algún astro quede prisionera,
saldrá la Noche de su cabellera
y de sus ojos nacerá la aurora.

San José, octubre 21 de 1917.

EL ARBOL VIEJO

A CARLOS WYLD OSPINA

Yergue sobre el camino polvoriento
su figura sin flor y sin follaje;
entre sus ramas, como en un cordaje,
aún se puebla de músicas el viento.

Aferrado a la tierra, corpulento,
diríase, en la calma del paisaje,
un peregrino de haraposo traje
que se detuvo a relatar un cuento...

Musgo afelpado su corteza viste,
y cuando el sol, ya agonizante, es triste,
en medio del ambiente silencioso

destaca su esqueleto en el Ocaso
como el lecho de un río caudaloso
que pintara un crayón de firme trazo.

MARINAS

LA MAÑANA

El oriente se colora
de suave tinte rosado;
está el mar adormilado
en la calma de la hora.

Inclinada hacia un costado,
veloz y madrugadora,
mar adentro se ha internado
una barca pescadora.

Sopla el aura tenue, fría,
en tanto allá en lejanía
cubierto de luz dorada

surge el sol esplendoroso,
como joya rescatada
de un naufragio fabuloso.

LA TARDE

Sobre el mar color de acero
trama la espuma su encaje.
La luz del primer lucero
asoma tras un celaje.

Sólo se oye en el austero
mutismo de aquel paisaje,
el rumor del oleaje
y el canto de un marinero.

La tarde muere callada
como una novia olvidada.
A flor de mar soñoliento

una ave sin rumbo vuela
como un pedazo de vela
que hubiese arrancado el viento.

LA NOCHE

Están los aires henchidos
de una híbrida esencia.
Esclavo de su impotencia,
lanza el mar roncós gemidos.

Junto a los barcos mecidos
en una suave cadencia,

luces de fosforescencia
— semejan astros caídos.

El firmamento ha enjoyado
su regio traje enlutado.
Detrás de la angosta franja,

de una ribera, brilla
la media luna amarilla
como un gajo de naranja.

EL INSTANTE

Al maestro GARCÍA MONGE

Hay una vela inmóvil sobre el agua.
Está pronta a partir, y sólo espera
que tus manos solícitas
le den algún mensaje.

Que no se ofusque tu visión tranquila
con torpes inquietudes del momento:
guarda serenidad, pues de otro modo
no darás lo que quieres.

Recoge en lo profundo de tu alma
la palabra mejor, el pensamiento
lleno de gracia pura,
la idea
que cual flor enjoyada de rocío,
venga empapada de sinceridad,
y pónla en esa vela, que en su viaje
ha de volver a ti.

Que no te halague la falaz confianza
de que otras velas llegarán. Es cierto.
Pero si toda línea se haya hecha
de una invisible sucesión de puntos,
toda tu vida encuéntrase formada
por invisible sucesión de instantes.

Cada vela que huye
roba un punto a tu línea,
y día llegará en que no tengas
cómo enviar tu presente,
y en que al impulso de una fuerza extraña
hayas de huir tú mismo,
como cualquier instante.

Entonces mirarás con infinito
dolor tu propia sombra
que va tras de tus huellas,
—fiel y torva cual un remordimiento—
seguida de la hilera interminable
de tus velas vacías!

LA DESPEDIDA

Bañaba el sol la tarde en reflejos dorados;
el otoño lloraba sus hojas amarillas,
y en nuestros mudos labios,—hoy ya tan distanciados—,
palpitaba un anhelo de palabras sencillas.

Cubría nuestras almas, como un oscuro manto,
ese silencio augusto de toda despedida,
y al ver que sus pupilas se anegaban en llanto,
¡como un cristal sonoro se me rompió la vida!

SILENCIO

Le silence est un pardon plus triste.—BARBUSSE.

No temas que la loca canción de vuestra risa se enturbie con el eco de mi canción oscura: mientras haya en mis labios la flor de una sonrisa yo beberé en silencio mi copa de amargura.

Y así, calladamente, he de esperar el día en que al peso implacable de mi destino torvo la muerte me sorprenda con la copa vacía y con los labios húmedos por el último sorbo...

LA SOMBRA Y TU RECUERDO

Como a través de un sueño, vagamente, miro el paisaje que la niebla empaña. A lo lejos, salmódico y doliente, solloza el viento en su silvestre caña.

Recuerdo al punto tu silueta ausente y en emoción mi espíritu se baña, pues la miro surgir borrosamente, como el paisaje que la niebla empaña.

Suave, se acerca a mí, besa mi frente, huye luego y se borra de repente; pues, como tú, también la sombra engaña.

Y en medio del paisaje indiferente mi corazón solloza tristemente igual que el viento en su silvestre caña!

INTERIOR

Majestuosa, cargada de mutismo, la noche desplegó su terciopelo, y al sentirme sin fuerza y sin consuelo me puse a meditar sobre mí mismo.

Sufro el cansancio de una vida fútil que se consume en torpes devaneos; en mi interior se agitan los deseos como las velas de una barca inútil.

Mas si es grato correr tras de la gloria por lucir el laurel del elegido, también es triste saborear victoria frente al dolor del que cayó vencido.

Dócil como a la brisa el débil junco mi pensamiento en nada se detiene, por eso en mi existencia todo tiene algo de mármol roto o verso trunco.

Este raro designio no me aqueja, sólo me embarga de melancolía: lo inacabado es bello porque deja la inquietud de saber lo que sería.

Si alguna vez, salvando la distancia, recogí de un amor la flor divina, pronto olvidé la forma y la fragancia y aun me queda el recuerdo de la espina.

A través del oscuro cautiverio de la carne y del alma,—siempre en llanto— abrí los ojos trágicos de espanto, frente a la muda boca del Misterio,

y bien porque la sombra fué muy densa o los fulgores demasiado vivos, nada pude mirar: sólo una inmensa contestación de puntos suspensivos.

Para alejar de mí la fiebre impura conque el tráfigo diario nos apremia, paso noches, insomne de locura, al fulgor de mi lámpara bohemia.

Y luego de observar el torbellino de las pasiones sordas y rastreras, me detengo a llorar mis primaveras sin pensar en lo largo del camino.

Pero no me entristece la fatiga ni lo que en mi reposo haya perdido, ya que nunca he de estar arrepentido de sentirme cigarra antes que hormiga.

Y cuando miro arder mi frente ilusa en el sagrado fuego de la diosa, prendo mi corazón, como una rosa, sobre el mórbido pecho de la Musa.

Pequeños motivos

(Envío de la Autora).

FLOR incauta, sinceramente ingenua. Pobre flor leal y sencilla: ¿cómo ofreces a un galante colibrí la miel más pura que guardaba tu corola?

¿Cómo dejas que se lleve entre las alas vibradoras el maravilloso polen que ocultaban tus entrañas, para así teñir de iris su plumaje?

¡Flor confiada, que entregaste toda tu alma a ese frívolo y galante colibrí!

* *

MARIPOSA iluminada, sigue tras de la luz, que no podrás quemar en ella tus vaporosas alas. No es la pálida lumbre de una vela de la que giras en pos, es un sutil rayo de sol, el que al quebrarse sobre tu cuerpo frágil pone de fantásticos colores el abanico diminuto de tus alas.

Mariposa de luz, sigue volando como un pétalo arrancado por el viento, que él te lleva veloz adonde el Destino te señale.... ¡vuela mariposa iluminada!

* *

SOÑADORA de alma inquieta!

¡Romántica cautiva del misterio, de los abismos sin fin!

¿Qué ves a través de aquellas nubes que se incendian en los atardeceres luminosos?... ¿No lo sabes?

Corre tras el enigma, descifra los arcanos, traduce la sonrisa eterna de la esfinge.

Ve a buscar el alma de las flores, el corazón de las selvas, el ronco aullido del trueno y la monocorde balada del agua cristalina!

Desata los rubios cabellos de la luna y quema tus ojos con los besos del sol; adormécete al escuchar la melodía que en la noche silente te cantará un triste sauce al sentir bajo sus hojas la caricia fresca del arroyo.

¡Soñadora de alma inquieta, no te canses!

FLOR DE LUNA

San José, julio 1925.

Un estudiante peruano en el destierro se dirige al Presidente Leguía

Panamá, 10 de diciembre de 1923.

Señor Augusto B. Leguía.

Lima. Perú.

El 15 de noviembre, a las cuatro de la mañana, envió usted a Pedro Pablo Martínez e Isidoro Elfas, a asaltar el domicilio de mi familia. Tales individuos, bastardeando la misión de la fuerza pública, hicieron que treinta soldados de gendarmería, a órdenes del teniente Víctor Najaro y del subteniente Quintana, destrozaran puertas y rejas; escalaran paredes, y sembraran, con sus disparos y culatazos, la desolación y el pavor en las casas vecinas. Cuando el ignorantón de Martínez «se apresonó personalmente», ya seguro, como se lo dijo mi padre, del generalato conquistado con la heroica batalla de Juan Pablo: nosotros, a la verdad, creímos que el ominoso atentado hubiera satisfecho los salvajes instintos de usted. Mas la realidad vino, rápida e implacablemente, a desvanecer nuestro error. En la noche mandó usted que se nos condujera a la isla de San Lorenzo, de donde hacía poco que saliera nuestro capturador, a ocupar, quién sabe en premio de que, la prefectura de Lima. Ya en nuestra prisión, prescribió usted, con refinada perversidad, que se nos diera por lecho colchones mugrientos y almohadas percutidas; que no se nos proporcionara ropa de cama, a fin de que, dada la glacial temperatura de la isla, durmieramos con la indumentaria que llevábamos, creando así usted la paradoja de que «acostarse fuera vestirse»; que tres centinelas nos impidieran, no digo salir, ni siquiera asomarnos a la angosta puerta y a la reducida ventana por donde recibíamos el aire y la luz; que el almuerzo y la comida se nos llevaran después que a todos los demás presos; que el avieso soplón Melesio Gutiérrez nos hostilizara caballescamente en lo más insignificante; que el oficialejo Augusto Chávez, digno sostenedor de la administración de usted, castigara ejemplarizadamente a los soldados que, condolidos de nuestra situación, tuvieron alguna palabra de simpatía o algún acto de elemental consideración; que, durante las noches, los centinelas, con pretexto de darse el mutuo alerta, nos obstaculizaran el sueño con sus incensantes y agudos piteos y silbidos; y que, finalmente, ninguna comunicación llegara a poder nuestro, ni al de nuestra familia.

El miércoles 28 de noviembre, a las doce del día, apareció en el muelle de San Lorenzo, en confortable lancha de la Capitanía del Callao, el intendente de esta provincia, señor Eduardo Fry. Arribado que hubo tal autoridad, tornó aquélla a la bahía. Adivinamos, inmediatamente, que usted quería darnos una nueva muestra de su magnanimidad, obligándonos a ir en busca del vapor en la sucia embarcación conductora de los víveres. Ya sobre nuestros asquerosos asientos, se nos tuvo dos horas, fuera de la rada chalaca, bajo los rayos del sol del mediodía; pues expresamente hizo usted que se nos trasladara en una lancha que careciera de toldo. A las dos y cuarto ascendimos por la escala del vapor *Radamés*, de la Compañía Alemana Kosmos. Abrigábamos la esperanza de que a bordo nos aguardara nuestra familia, o, en último caso, se encontrara ya nuestro equipaje. ¡Vana ilusión! Ni siquiera se nos entregó los pasaportes. Usted había dispuesto que fueran puestos en nuestras manos después de haber el barco atravesado el canal de Panamá.

La nobilísima acogida que en el *Radamés* se nos hizo por

el señor capitán Juan Trauernieth, honra de su patria y de su carrera, fué nuestro primer respiro y la mejor sanción que podía recibir la actitud incalificable de usted.

Al llegar a Paita el buque alemán, ordenó usted por telégrafo que seis marineros del crucero *Bolognesi*, mandados por el guardiamarino, señor Carlos González Flórez, impidieran las visitas que pensaban hacernos nuestros parientes y amigos del puerto peruano.

Con esta segunda etapa de sus hazañas, supusimos que ya estuviera calmado el furor que se ha apoderado de usted desde que sufrió la tentación porfirista.

Pero no. Al hojear los diarios de Lima, he visto que usted me ha calumniado ignominiosamente, atribuyéndome la falsificación de unas órdenes que aparecen firmadas por usted y en papel que, según *La Prensa* de Lima, extraje yo, mientras fui su empleado, de la Secretaría del Presidente de la República.

No necesito recurrir a la dialéctica para convencer a mis compatriotas. El país conoce, tiempo ha, los gastados ardides de usted. Cuando usted se propuso eliminar a Víctor Raúl Haya de la Torre, forjó e hizo forjar la famosa carta en que el doctor Arturo Osorio resultaba enviando dinero y cincuenta revólveres para la revolución social. En mi caso, ¿cuál era su finalidad notoria?

Obsesionado usted por la idea de eliminar a mi padre; al único que ha tenido el valor — hoy temerario — de combatir sus funestos planes de perpetuación y de ilícito lucro, — se propuso usted no sólo dispersar a los abnegados antirreeleccionistas que lo acompañaban, sino a los mismos miembros de su familia. Notoria es su ingratitud para con mi hermano Oscar, a quien tantos servicios debe usted. En cuanto a mí, no aplacado usted con perseguirme y obligarme a permanecer oculto tres meses, ha querido infamarme. Es el colmo!

La falsificación de que usted me culpa es, además de una iniquidad, la estupidez más grande de su imaginación siniestra.

En primer lugar, el papel en que la orden de marras se presenta escrita y cuyo facsímile publica *La Prensa*, nunca ha sido usado por usted. Emplace a mis ex-jefes, señores Javier Luna Iglesias y Abel Ulloa, para que declaren públicamente si alguna vez estamparon la correspondencia presidencial en esa clase de papel. Quien pretende simular, pugna por buscar todas las apariencias de la verosimilitud. De abrigar tal proyecto contra usted, habría sido yo un imbécil si no hubiese buscado las hojas y los sellos conocidos por todas las personas que alguna relación tienen con la Secretaría Privada de usted.

Según el fotograbado y la fantástica información del diario oficial, las órdenes fueron falsificadas en buen número; escritas con todo arte en máquinas *Underwood*, y remitidas a los cuarteles, en sobres anotados con minuciosidad.

¡Otra contradicción! De las mismas órdenes se deduce que usted se encontraba, o escondido o sitiado por «el civilismo nefando». ¿En qué cabeza cabe que un hombre que atraviesa por tales circunstancias, disfrute de los lujos que sólo proporcionan el reposo y la comodidad? Se concibe que, en tal situación, las consignas vayan manuscritas y en un papel cualquiera. Mas no. Quiso usted surgir de su propia fantasía, ante un gran surtido de útiles de escritorio, con toda tranquilidad, y dictando a un expedito amanuense, que no sería raro fuese catedrático, los documentos que serían su baldón.

En lo que a la firma se refiere, no es menester atribuirle a ningún malvado experto. Basta conocer la sicología de usted, éticamente paquidérmica, para afirmar que usted mismo ha suscrito las órdenes de que me supone autor.

Cuando mi padre era Presidente del Gabinete, usted no tenía para su mentalidad sino almibaradas expresiones, que, por lo almibaradas, revelaban a las claras la insinceridad de

quien las dirigía. Ahora bien, ¿por el solo hecho de combatir los proyectos de usted, habrán sufrido un vuelco las facultades intelectuales de que hacía usted tan caluroso elogio? ¿Cómo, por consiguiente, ese que usted llamaba «privilegiado» intelecto, iba a incurrir en el pueril *chantage* imaginado por usted?

Debo decirlo con franqueza. Si yo hubiera estado en condiciones de contribuir a un movimiento revolucionario, habría, por cierto, prestado a tan patriótica obra mi más entusiasta y resuelta colaboración. No tenía, para inhibirme, ni imperativos morales ni consideraciones de familia. Veía ante mí a un pésimo ciudadano y a un pariente renegado, y me hallaba, como actualmente me hallo, en la obligación de coadyuvar a castigarlo con mi modesta pero honrada ayuda.

A causa de usted he estado dos veces, por mi abnegada consagración, a las puertas del sepulcro. He escrito casi todos los discursos presidenciales recitados por usted, con sus envidiables cualidades de actor, hasta el 7 de octubre de 1922. ¿Deseaba, por ventura, que yo redactara también sus dimisiones, así fueran simuladas? ¿Tan habituado ha quedado usted a trabajar en mi compañía?

Será esta la última vez que me dirija a usted. Al hacerlo, cúpleme declararle que si alguna vergüenza ha congestionado mi rostro, esa vergüenza es la que siento al recordar que lleva usted mi sangre y ostenta mi apellido.

JORGE GUILLERMO LEGUÍA ITURREGUI

(Envío del autor).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

W. Shakespeare: <i>La Tempestad</i>	¢ 1.00
Benjamín Constant: <i>Adolfo</i>	0.50
E. González Martínez: <i>Poesías selectas</i>	1.00
E. J. Varona: <i>Cervantes, Hugo, Emerson</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta).	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta).	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Mi. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
J. E. Rodó: <i>Parábolas</i>	1.50
Nicolás Maquiavelo: <i>El príncipe</i>	0.50

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

APROPÓSITOS

El ocaso de Gandhi

(El Sol, Madrid).

UNOS los menos propensos al sentimentalismo, tenemos que asistir con cierta pena al fracaso definitivo del gran apóstol indio. No todos los días aparece en el mundo un hombre de tan finas cualidades morales y espirituales. La política, como los demás negocios de la vida, está demasiado llena de miserias, de mezquindades y de prostituciones para que el raciocinio, atento a la eficacia, nos impida sentir una admiración acendrada y liberadora por Gandhi. Casi nadie que tenga un concepto humano de la política, y mucho menos las excesivamente humanas criaturas de Occidente, puede creer que su táctica pasiva, que el dejarse matar inerme y el poner resignadamente las mejillas a las bofetadas, es bastante para destruir el poderío de la inteligencia y de los cañones ingleses. Para creerlo es indispensable tener un alma tan pura, tan incontaminada como la suya. Pero el desacuerdo tampoco puede inducirnos, en nombre de las malas pasiones de la vida, a sonreírnos cuando se nos presenta un hombre de tantos quilates espirituales. Gandhi, lo mismo que Cristo, si no arrastrarnos a su partidarismo, nos impone la veneración de su ejemplo.

Y esto no disminuye en nada su gran figura. Desde tres años atrás se esperaba que los nacionalistas indios declararan oficialmente su separación del apóstol. Día a día iba sintiéndose con mayor agudeza la disconformidad sentimental entre el jefe y la masa. En cada uno de los Congresos nacionalistas, a partir del 21, Gandhi se ha ido quedando más y más solo. Su figura imponía un respeto religioso a las multitudes de la India. Pero ya nadie echaba sus vestidos europeos y sus joyas en las hogueras expiatorias del pecado de haber permitido la entrada en Oriente de la civilización occidental. Nadie quería igualmente recibir un tiro en el pecho sin levantar la mirada del suelo. Gandhi era el único lleno aún de fe. Era el único que todavía ayunaba veintiún días para conseguir la unión de los mahometanos y los budhistas.

Cuando el doctor Das, su teniente, abrió los ojos a la realidad y organizó el movimiento nacionalista con un sentido humano, Gandhi tuvo la grandeza espiritual suficiente para no lanzarse contra él en una rivalidad histórica y permitió serenamente el experimento. Después, mientras los suarajistas ganaban los Municipios y las minorías parlamentarias, el Mahatma, fiel a su doctrina, aunque sin rencores, continuaba hilando y predicándoles a los indios que hilasen. Los indios le oían en silencio; pero no le seguían. Hoy, por voto del Congreso reunido en Bengala, acaban de decir que no creen en la virtud revolucionaria del hilado. Que creen más en los métodos democráticos del doctor Das.

Gandhi, seguramente, no sufrirá ninguna amargura por este acuerdo del Congreso. Ya ha visto muy de cerca la lucha política, y no podía creer que tardase mucho en venir. Alguna vez, cuando las primeras violencias comenzaron a ensangrentar la tierra de la India, anunció para contener al pueblo, su propósito de retirarse a las soledades del Himalaya. Es posible que ahora lo haga. Pero en el Himalaya o entre el tráfigo de la lucha política, su alma, como ha dicho Tagore, será uno de los tesoros más puros de la Humanidad.

Tal vez hoy él mismo reconozca con Romain Rolland el error de no haber hecho del movimiento indio, en lugar de un partido político, un movimiento religioso. La India mística acaso irradiase ahora sobre el mundo un nuevo credo. Sin

embargo, porque los hombres actuales quieren salvarse más en la tierra que en el cielo, es más seguro que su religión no habría logrado la independencia de la India. En cambio, es muy probable que la logre, o que se acerque mucho a ella, por los medios del doctor Das.

Por lo pronto, Inglaterra, sensible a todas las actividades civiles, está negociando con los suarajistas. No es dable decir que de estas negociaciones va a salir la libertad de la India. Pero, por lo menos, hasta que la libertad no lo haga eficazmente necesario, se cumplirá el deseo gandhista de no manchar la tierra de sangre.

CÉSAR FALCON

Aviso

De *Savitrí* se ha hecho por aparte, en las ediciones del *Convivio*, una tirada de algunos ejemplares. Los que deseen tener el bello episodio en la elegante edición, sírvanse manifestarlo, para tomarlos en cuenta. Precio del ejemplar: ₡ 1.00.



Hemos recibido para la venta algunos ejemplares de

ENSAYO SOBRE EL DESTINO

por ALBERTO MASFERRER

Precio del ejemplar: ₡ 2.00

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber. Tegucigalpa, Honduras.
Centro América.

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbajelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar ₡ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Reperitorio Americano».

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Revista de Filosofía

CULTURÁ - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSÉ INGENIEROS
Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 - Buenos Aires

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Reperitorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA